

CONCHAS DESGASTADAS: *Metamorfosis Sin Fin*

En la danza vertiginosa de mis días frágiles,
como un trocóforo tembloroso lanzado a la bruma de las mareas,
giré, pálido, entre los rociones salinos:

una mota microscópica en el laberinto del océano.

Surqué el azul salobre con mi cuerpo de pedivelíger,
evadiendo fauces devoradoras que se abrían al acecho,
sorteando tallos oscilantes y el azote de los flagelos,
hasta que finalmente me fijé al fondo del océano.

Allí me hice inmenso: una ciudadela tallada en aristas de calcita,
una catedral que atrapaba corrientes en la salmuera que me envolvía;
una ciudad de cilios en el abismo cerúleo,
mientras cazadores hambrientos rondaban mi santuario endurecido.

Pero entonces llegó una marea roja, que asfixió el mar,
y muerto de hambre de la que da vida a gas, me quedó sin vida:
y famélico, sin aliento, me rendí en silencio.

Mi refugio fue partido por pinzas veloces y trituradoras:

cangrejos que se cebaban en mis restos sin aliento.

Tras tormentas salvajes que desgarraron la costa con sus gritos,
allí yacía yo: una concha solitaria en un hueco de estruendo y eco.

Arrastrado y golpeado por la marejada espumosa,
mi cuerpo se deshizo y volvió a fundirse con la arena.

Aún ahora me muevo, me transformo y fluyo—
metamorfosis sin fin,
sin final.



El sol del ocaso tiñó la arena húmeda de un tono cobrizo mientras se hundía lentamente en la distancia. Andrei se rascó la cabeza de manera pensativa, siguiendo con la mirada los últimos destellos dorados que se extinguían sobre el agua.

—¿No terminaremos, al fin, como conchillas huecas? —preguntó Andrei en voz baja—. Con el paso del tiempo, ¿no quedaremos extrañamente vacíos por dentro?

A su lado, José asintió de manera distraída, con la mirada totalmente perdida en el brillo trémulo de la marea.

—Qué pensamiento tan lúgubre... —murmuró, dejando entrever una marcada melancolía en el tono de su voz—. Somos solo ecos de lo que sobrevive a la marea; remanentes arrastrados hasta la orilla.

Con un gesto de fría indiferencia, extendió la mano para señalar hacia el horizonte donde el cielo se fundía con el mar.

Raúl se echó hacia atrás, apoyando el peso del cuerpo sobre las palmas de las manos mientras hundía los talones en la arena fresca. Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro.

—Perdón, mi traductor universal parece que no anda bien —bromeó—. ¿No nos estamos como solazando en pensamientos sombríos? Comentaste un pensamiento, ¿verdad? ¿A qué viene tanto fatalismo?

Rió suavemente mientras el rumor del oleaje se calmaba por un instante y la brisa marina amainaba.

José dejó escapar una risita entrecortada, y la tristeza que velaba sus ojos dio paso a un destello pícaro.

—Es cierto —admitió—. Pero la tristeza tiene su propio encanto, ¿no crees? Hace que la luz fugaz sea un poco más intensa cuando vuelve a brillar.

Una sonrisa agri dulce curvó los labios de Andrei mientras contemplaba el vaivén del agua.

—Nosotros, los rusos, sabemos de melancolía: es como una vieja amiga invernal —añadió en un suspiro, dejando deslizar un puñado de arena entre los dedos—. Quizá lo que dejamos atrás no sean simples conchillas vacías, sino versiones antiguas de nosotros mismos. De algo no hay duda: pronto no seremos más que polvo, fósforo y calcita.

Nota: Este texto fue generado parcialmente con herramientas de IA y posteriormente editado por humanos.

- T Newfields (Trad.: Miguel ángel, Coral y eugen_blick)

Comen.: 1994 Shizuoka ☆ Acab.: 2026 Shizuoka

